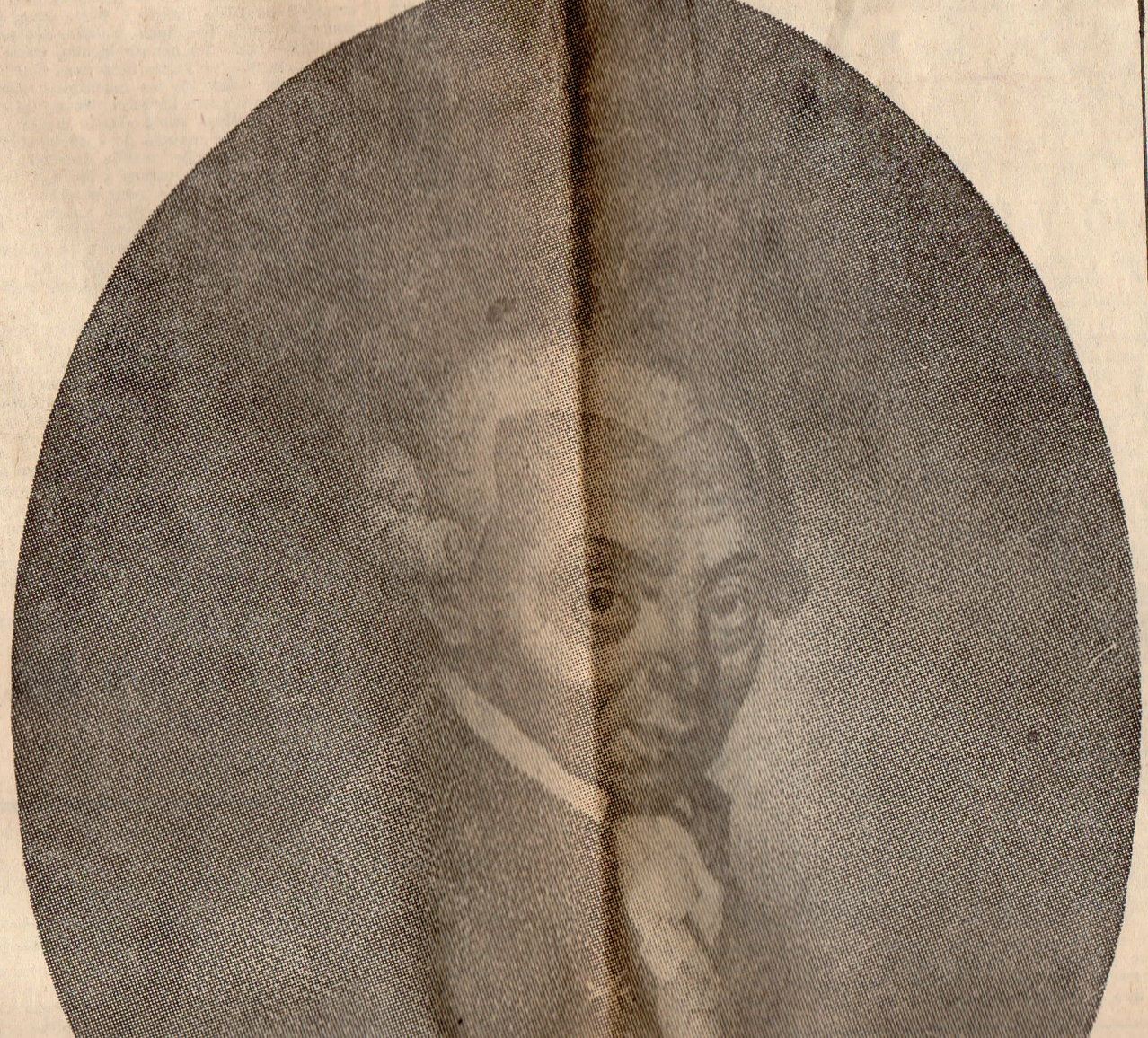
250 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE KANT



Manuel Kant, cuyo 250 aniversario de su nacimiento y 170 de su muerte conmemoramos estos días ha sido sin duda uno de los más conspicuos forjadores de la cultura moderna europea y aún mundial. Con él culmina el llamado «siglo de las luces», la Ilustración a la que definió no sin su poco de ingenuo optimismo como la «accesión a la mayoría de edad del hombre». Del tronco rígido de su obra surjen los idealismos de toda especie que, con mayor o menor infidelidad al maestro, configuraron la Europa bonapartista y postbonapartista y cuya vigencia, a pesar de tantos avatares, dista mucho de estar caducada. «Recaer en el idealismo» equivale hoy como ayer a una excomunión que no por ser demasiado frecuente deja de tener consecuencias en el ámbito del marxismo. ¿Por qué no pensar con algo de humor que la zarina Isabel actuó premonitoriamente al negarle la cátedra que solicitaba tan respetuosa y versallescamente Kant en carta de 1758 cuando las tropas rusas ocuparon durante cinco años la Prusia Oriental? Pero el rey de Prusia Federico el Grande había obrado de idéntica manera antes y después de esta fecha para con su «leal súbdito» que bien que mal iba tirando con sus más de treinta horas de clase semanales y con la venta en más de una ocasión de libros de su biblioteca para comprarse nuevas ediciones y «estar al día».

Pero no vamos a entretenernos en el rico anecdotario que la prosaica vida de este típico profesor universitario misógino, sedentario y ritualista hasta los mínimos detalles podría proporcionarnos. En Kant lo verdaderamente importante es la obra. Una obra, por otra parte, intencionadamente impersonal casi siempre y en la que sólo en contadísimas ocasiones de controversia se trasluce un «pathos» irónico y agresivo. Los «Sueños de un visionario interpretados mediante los sueños de la metafísica», de 1766, quizá por ser publicada anónimamente —aunque no en-

bien es infinita y se realiza con nue tros actos. El «imperativo categórico pues, no es más que el desarrollo de libertad autónoma que obliga a tratar a uno mismo y a los demás como y nunca como medios a actuar modo que nuestro obrar pueda ser co tituido como máxima universal pa todos. Y lo que es más característi es que nuestros actos morales, a di rencia de nuestro conocimiento, obran sobre los fenómenos sino sob la realidad. Por esto el hombre mo cree racionalmente en la realidad mundo, en la inmortalidad —dada distorsión mundana entre placer y naventuranza— y finalmente en D auque evidentemente no deba act para agradarle, lo cual sería «la m miserable adulación». En el ensayo bre «El mal radical» añadirá que necesaria una conversión originari radical del hombre, de todo homb para realizar el bien y que éste es último poder de la propia libertad. eco laicizado de la doctrina cristi del pecado original no puede ser patente.

La moral kantiana tiene mala pre y contrasta con la sensibilidad de n tro siglo claramente permisivo. Su malismo y rigor son evidentemente gerados e insuficientes para señala código concreto de moralidad. Pero bría que examinar más a fondo s hay en ella algo extraordinariament teresante y verdadero para que l bertad no sea o pura anarquía o más bien un nombre que encubr alienación más despótica del con del hombre: no ser en realidad «na Seguramente los militantes de mino marginadas o quienes aceptan la dez de «una revolución cultural pe nente», que les cuesta la pérdi muchas cosas, quizá de la mism da, recuperan sin darse cuenta que muchos teorizantes esta dimen no por encubierta y disimulada m real, de la existencia humana.

Ya sabemos que Kant tuvo probl con el rey por cuestiones de re Ciertamente a los favoritos —en caso teólogos— y casi seguro